

# Los Simpson y la utopía

Juan José Cabedo Torres

Enero de 2011

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

## Los Simpson y la utopía: los intelectuales gobiernan Springfield

*A menos que los filósofos reinen en las ciudades o cuantos ahora se llaman reyes y dinastías practique noble y adecuadamente la filosofía [...] no hay tregua para los males de las ciudades, ni tampoco, según creo, para los del género humano.*

Platón

¿Puede la televisión incrementar la perspicacia de los espectadores o su misión es simplemente freír neuronas a buen ritmo? ¿Es posible juntar en la misma frase *inteligencia* y *política* sin que salte en pedazos los fundamentos de la sintaxis? ¿Qué pasaría si el poder estuviera en manos de los intelectuales?

La vida está llena de preguntas. Algunas tienen respuesta. Otras, sin embargo, se formulan una y otra vez porque la réplica es claramente insatisfactoria. Wittgenstein, que era un tipo avisado, lo expresa con rotundidad: *Todo aquello que puede decirse, puede decirse con claridad; y sobre aquello de lo que no podemos hablar, mejor es guardar silencio.*

Por lo que respecta a la cuestión de si deben gobernar los más listos o los más idiotas, Platón y Ortega lo tienen claro: el gobierno ideal es el gobierno de los intelectuales. Sin embargo, según *Los Simpson*, si los más inteligentes asumieran el Poder, las cosas se desarrollarían de manera bastante distinta.

¿Deben los idiotas gobernar el mundo o es preferible que el poder esté en manos de los que tienen un cociente intelectual alto? Tal es la cuestión que plantea el episodio titulado *Salvaron el cerebro de Lisa* (nº 225, Décima temporada, 1999). Recordemos el argumento:

En la presentación encontramos a Bart copiando en la pizarra “A nadie le interesa escuchar mis sobacos”. Los miembros de la familia Simpson se dirigen a casa y, cuando llegan, se sientan en el sofá a ver la tele.

La familia está viendo el episodio 644 de la comedia “Etnias desaparecidas”, que es súbitamente suspendido. Ante la posibilidad de ver la repetición del funeral de alguna princesa, Homer cambia de canal y la tele anuncia el concurso “Cuán bajo está usted dispuesto a caer” patrocinado por una marca de natillas bajas en calorías. Se trata de elegir al garrulo más rastrero y vomitivo de la ciudad. El premio es un viaje a Hawai (que luego, en virtud de la publicidad engañosa, se cambia por un viaje a Hartford, la capital del estado de Connecticut).

El sábado siguiente, en el aparcamiento de la KBBL, se celebra el concurso. El primero en actuar es Bart “El colector de basuras humano”, que, embudo en mano está dispuesto a tragarse cualquier cosa que le arroje el público. El diálogo entre Lisa y su madre no tiene desperdicio.

MARGE. ¿Quieres una moneda para lanzársela a tu hermano?

LISA. ¡Encima lo recompensas por comportarse como un bufón!

MARGE. (Enfadada) ¡Sabes que éste puede ser un momento culminante en la vida de Bart! No seas tan exigente.

El siguiente concursante es Barney, quien abre seis latas de cerveza y se las bebe de un trago. Al eructar el público le aclama y el jurado le concede dos sietes y un ocho. Barney intenta explicar inútilmente que ése no era el número, que en realidad iba a hacer juegos malabares con gallinas, pero es retirado del escenario.

A continuación actúa Homer con un número titulado “Conocimiento maizal”. Homer, recubierto de maíz, canta, baila y calienta su traje con un secador de pelo para transformarlo en un traje de palomitas. El jurado, por unanimidad, le concede un cuatro. Las gallinas de Barney le atacan para comerse las palomitas. El diálogo de Lisa con su madre continúa en la línea del mejor teatro del absurdo:

LISA. ¡Huy, qué vergüenza ajena!

MARGE. Lisa, ¿te ha obligado alguien a venir a ver esto?

LISA. ¡Tú!

MARGE. Pero nadie te obliga a quedarte.

LISA. Entonces me voy.

MARGE. (Cogiendo a Lisa por el brazo) No irás a ninguna parte, señorita.

Concursa ahora Moe, vestido de marinero con una piruleta. El público lo abuchea.

El presentador pide el fallo al jurado. Su portavoz, el actor que parodia a Arnol Schwarzenegger, declara que él es el ganador, “por dejarse ver con éstos”. Los participantes se enfadan. Lenny, disfrazado de urinario, dice “Nos ha arrebatado nuestra dignidad” y arroja un ambientador de retrete a Krusty. Empieza la pelea. Los concursantes arrojan muestras gratuitas de natillas mientras Lisa intenta inútilmente hacer que prevalezca el sentido común. Pasa por allí un camión con reproducciones de cuadros de Van Gogh que es volcado e incendiado entre el júbilo de los rebeldes.

De vuelta a casa Lisa escribe una carta abierta a los habitantes de Springfield que al día siguiente publica el periódico. Homer la interrumpe para anunciar que se ha llevado el segundo premio, bueno, en realidad lo ha robado. Se trata de una foto de *boudoir* gratuita. Tras consultar en el diccionario la palabra “foto” y la palabra “boudoir” Homer concluye que se trata de una sesión de fotos eróticas, que piensa regalar a su mujer para salvar su matrimonio.

Lisa sigue con su carta: “Somos un pueblo de iletrados, incultos y analfabetos. Tenemos ocho hiper pero ningún auditorio, treinta y dos bares pero ni un solo teatro alternativo, y trece tiendas que empiezan por la palabra sex. No pretendo con esta carta criticaros, sino estimularos. Todos podemos mejorar” (en este momento cruza el pasillo Bart, montado desnudo sobre un cerdo) Lisa recapacita: “Bueno, casi todos”.

Al día siguiente Lisa busca inútilmente alguien que lea su carta. Ni su padre, ni Ned Flanders, ni el jefe Wiggum parecen interesados.

Lisa exclama: “¡Ah!, ¿pero es que nadie lee en esta ciudad?” En ese momento el reverendo Lovejoy aparece conduciendo una furgoneta. La rama de un árbol tapa parte del rótulo y sólo se lee “Biblioteca ambulante”. El reverendo le pide a Lisa que le recomiende algún libro que merezca la pena. Lisa le recomienda cualquiera de Jane Austen. El reverendo le da las gracias y arranca. Entonces se lee el rótulo completo de la furgoneta: “Quema ambulante de libros”. Algunos de ellos arden en la parte trasera.

En la siguiente escena Lisa está deprimida en su cama y recibe un avión de papel en el que lee la siguiente nota: “Hemos leído tu carta con gran interés. Si quieres saber más dirígete a la calle Euclides, número 13. No lo comentes y tráete un postre”. En ese momento cruza por el pasillo Bart desnudo. En esta ocasión es el cerdo el que lo cabalga a él.

Lisa acude a la dirección indicada y se encuentra con “Mensa” “Asociación de Personas con Alto Cociente Intelectual. Los miembros de “Mensa” –el director Skinner, El Tío de la Tienda de Teneos, el profesor Frink, el doctor Hibbert, entre otros– le proponen que forme parte de la Asociación.

En las reuniones de “Mensa” se juega a construir palíndromos, se hacen anagramas y se comenta lo chabacana que se ha vuelto la Biblioteca de Springfield, donde se ha sustituido la sección de literatura clásica por una barra auto-servicio de helados y se han suprimido los archivos bibliográficos para colocar un billar. De fondo, suena música de Mozart.

Lisa intenta, sin éxito, explicarle a su padre que ha encontrado unos nuevos amigos. El tiempo que le da Homer –hasta que terminen los anuncios– es insuficiente. En la siguiente escena Homer inicia su sesión de fotos eróticas mientras Lisa y sus compañeros de Mensa se disfrazan de personajes del Renacimiento y acuden al parque. Cuando llegan al kiosco que han reservado se encuentran a Lenny, Barnie y a otros amigos bebiendo cerveza. Cuando piden ayuda para desalojar el kiosco al jefe Wiggum, éste no les hace caso y se pone a beber cerveza con Lenny y Barnie.

Ante esta situación el doctor Hibbert exclama:

–¡Qué barbaridad! Vivimos en una ciudad en la que los listos carecen de poder y los estúpidos lo controlan todo. Quizás debería volverme a Alabama.

Lisa propone cambiar las cosas. “Si nos esforzamos, puede que nuestras ha-zañas no tengan límite”, dice.

“Mensa” en pleno se dirige al despacho del alcalde provisto de un grueso tomo sobre la “Reforma de la reserva de kioscos”. El alcalde, que cree que ha sido descubierta algunas de sus maniobras corruptas, arguye que ganó el dinero en la loto, hace que sus ayudantes destruyan los archivos y huye. Ante el vacío de poder, se consulta la Carta Fundacional de la ciudad. De acuerdo con este documento, si el alcalde dimite, gobernará la ciudad un consejo de ciudadanos sabios. Y en “Mensa” están los más sabios.

LISA. Con nuestra superior inteligencia reconstruiremos la ciudad sobre los cimientos de la razón y la Ilustración. Convertiremos Springfield en una utopía.

DIRECTOR SKINNER. Una nueva Atenas.

SEÑORA DE ROSA. Un nuevo Walden Dos.

La “Junta Intelectual”, conocida también como “Club de los Listos”, gobierna la ciudad. Sus primeras medidas parecen eficaces: Como nadie quería formar parte de un jurado, las citaciones aparecen redactadas de la siguiente manera: “Ha sido usted elegido para unirse al escuadrón de justicia. Le esperamos el lunes a las 8.00 en la Fortaleza Municipal de Venganza”. Moe, que recibe una, exclama “¡Cualquiera se lo pierde!” Tras estudiar las estadísticas se comprueba que los conductores conducen más deprisa con los semáforos en ámbar, así que sólo habrá semáforos en rojo y en ámbar. En el canódromo también ha sido elevado el nivel cultural: las fanfarrias han sido sustituidas por música clásica y los perros, en vez de perseguir un conejo, persiguen un diploma. “Mensa” cambia el calendario. Los trenes saldrán a sus horas, –dice el Director Skinner– pero en un sistema decimal. A las dos cuarenta del 48 de abril nace el Springfield de la Ilustración. Sin embargo empiezan las disensiones. Todos quieren imponer sus ideas y no escuchan las de los demás.

Desde el kiosco 7 (el que les usurparon los bebedores de cerveza) los miembros de “Mensa” lanzan su discurso sobre el estado de la ciudad. El profesor Flink anuncia la supresión de deportes brutales como los toros (sic) y las pe-

leas de gallos, el boxeo, el hockey, el fútbol, las flexiones y cualquier otro deporte en el que haya que salir en camiseta. El Tío de la Tienda de Tebeos dictamina que, inspirados en la raza más inteligente de nuestra galaxia, los vulcans, la procreación se permitirá una vez cada siete años.

–Para algunos de ustedes es menos de lo que tenían. Para mí, es muchísimo, –concluye.

Mientras los miembros de “Mensa” discuten como niños sobre quién tiene el cociente intelectual más alto, aparece Stephen Hawkins, con su cociente intelectual de 280.

STEPHEN HAWKINS. Quería conocer esta utopía, pero ahora estoy seguro de que se trata de una fruitopía... Es evidente que el poder les ha corrompido.

Homer encabeza la rebelión de los estúpidos al grito de “¡Arriba, idiotas, recuperemos el pueblo!”. Lisa conversa con Stephen Hawkins sobre las causas del fracaso.

LISA. ¿En qué fallamos?

STEPHEN HAWKINS. No te sientas culpable, Lisa. A veces los más listos somos los más pueriles.

Ante la propuesta de Marge de tomar una cerveza, Hawkins comenta:

–Es lo más inteligente que he oído en todo el día.

Ya en el bar de Moe Stephen Hawkins le dice a Homer:

–Su teoría de un universo en forma de rosquilla es interesante. Tal vez se la plagie.



*Los Simpson* puede entenderse simplemente como las aventuras y las desventuras más o menos graciosas de una familia media de la América profunda. En este nivel superficial, la serie funciona. No hay más que verla acompañado de algunos niños y observar en qué momentos se ríen. En otro nivel, la serie está trufada de referencias, la mayoría irónicas, a la cultura seria, que sólo captan quienes hayan leído algunos libros, y a la cultura popular, que, en ocasiones, sólo son evidentes para los nacidos en Norteamérica. Esta referencia de un texto a otros textos de la tradición cultural se llama intertextualidad, y es uno de los rasgos caracterizadores de la cultura en general y de la Literatura en particular.

El creador de la serie, Matt Groening, explica este aspecto de *Los Simpson* en un par de declaraciones:

*Una de las cosas buenas de los Simpson es que, si has leído algunos libros, pillarás más chistes.*

*En la serie colaboran muchos autores de talento; la mitad son empollones graduados en Harvard. Y si estudias la semiótica de A través del espejo o ves todos los episodios de Star Trek tienes que sacarle algún provecho, así que introduces muchas referencias de lo que has estudiado en cualquier cosa que hagas después en la vida.*

Los autores de la serie tienen buen cuidado en que tales guiños a otras producciones culturales no impidan la comprensión de la serie. Por eso *Los Simpson*

es capaz de hacer reír a un analfabeto y a un empollón de Harvard. La única diferencia es que se reirán e momentos distintos. En definitiva, se puede disfrutar de la serie sin haber leído esos libros de los que habla Matt Groening.

Algunas referencias culturales que aparecen en la serie se encuentran recogidas en la siguiente dirección electrónica:  
<http://snpp.com/guides/whoiswho.html>.

En el episodio que nos ocupa se habla explícitamente de dos libros que corresponden a dos de las utopías más conocidas. Uno de ellos es *La República*, de Platón. La República platónica se basa en la verdad y en la justicia, y en ella vivirían de forma armónica los artesanos o labradores, los guerreros, y los filósofos, que serían quienes gobernarán. El otro es *Walden Dos*, de B. F. Skinner. Mediante la aplicación de la psicología conductista para la reducción del papel de los instintos en la vida de sus miembros, Skinner diseña una sociedad feliz, donde se trabaja un máximo de cuatro horas diarias y uno puede dedicar el resto del tiempo a lo que quiera, pues la comunidad se encarga del cuidado de los hijos. En el título *Walden Dos* se incluye una referencia implícita a *Walden*, la obra de H. D. Thoreau, que cuenta la experiencia real de su autor, que vivió dos años, dos meses y dos días en una cabaña a orillas del lago Walden para demostrar que el contacto con la Naturaleza es lo único que puede liberarnos de las servidumbres de la sociedad industrial. El personaje de Stephen Hawkins invita a leer su *Historia del tiempo*, libro en el que, con un lenguaje asequible, explica su teoría del universo. Cuando el reverendo Lovejoy le pide a Lisa que le recomiende un libro (para quemarlo) Lisa le habla de Jane Austen, autora británica que escribió, entre otras obras, *Sentido y sensibilidad*. La quema de libros recuerda los procesos de la Inquisición española, las actuaciones de los nazis en Alemania y el escrutinio de la librería de don Quijote.

En el episodio también se encuentran referencias a la Ilustración, a la reforma del calendario llevada a cabo tras la Revolución Francesa, a Copérnico, a Euclides, al Renacimiento, a Mozart,...

El gobierno de los más listos fracasa en Springfield. Ni los idiotas son capaces de elegir un gobierno inteligente ni los intelectuales saben manejar sabiamente el Poder. La tesis del episodio parece bastante clara: las élites intelectuales son inestables, impopulares, infantiles y estúpidas. El único intelectual que no pierde el contacto con la realidad es Stephen Hawkins, que se toma unas cervezas con Homer y considera interesante la teoría de éste de un universo con forma de rosquilla. Stephen Hawkins lo tiene claro: *A veces los más listos somos los más pueriles*.

Según Ortega, el intelectual debe estar integrado en la sociedad. Su trabajo es buscar ideas que ayuden a la gente a vivir. En lugar de esto, los intelectuales de "Mensa" son unos niños grandes que creen flotar por encima de los demás con el poder de su inteligencia.

El intento de traducir la teoría a la práctica fracasa. La consecuencia que se extrae de este hecho es que la utopía debe mantenerse dentro de los límites de la teoría. El episodio saca a la luz las limitaciones de los intelectuales, y también el analfabetismo cultural de los Estados Unidos profundos.

Los idiotas son más idiotas cuando buscan todas las respuestas en la tele y

los intelectuales se vuelven idiotas cuando se enzarzan en discusiones pueriles, desarrollan celos infantiles hacia otros intelectuales y, de tanto creerse superiores al hombre corriente, pierden el contacto con la realidad. Y es que el intelectual no es necesariamente un sabio. Así al menos lo ve Tolstoi cuando afirma que gran parte del saber que acumulamos es inútil.

Algunos intelectuales se creen superiores a la gente corriente y la gente corriente extrae del principio democrático de que todos somos iguales la idea de que todas las opiniones tienen el mismo valor. De esta manera los padres le dicen a los profesores cómo deben enseñarles Literatura o Matemáticas a sus hijos y hay gente que le indica al fontanero cómo debe realizar su trabajo o al abogado cómo debe plantear el pleito. Incluso surgen por todos lados “expertos” en medicina alternativa que reclaman implícitamente el derecho de saber más que los médicos.

Ante este panorama lo único sensato parece ser reírse de uno mismo, que es tanto como reírse de los demás. Suscribo las palabras de Mark Twain (ya saben, el que escribió *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckelberry Finn*): la opinión que tengo sobre el resto de la humanidad no es esencialmente distinta de la que tengo de mí mismo. Al fin y al cabo la vida es una broma que nos gasta Dios y que los humanos nos tomamos demasiado en serio.

La cultura no es algo muerto o un adorno refinado de los poderosos para lucirlo en las reuniones sociales exclusivas. La cultura es aquello de lo que extraemos las ideas que nos permiten vivir mejor y ser, por lo tanto, más felices. Estas ideas están, mal que les pese a los defensores de lo políticamente correcto, en Dostoievski, en Cervantes, en Homero, en la *Biblia*, en Shakespeare, en Gabriel García Márquez, en Kafka, en Platón, en muchos otros que se devanaron los sesos para compensar la idiocia del resto. El plan B es tumbarse en el sofá con el mando a distancia preparado y defender que cuanto uno necesita saber se se va a emitir en los próximos minutos.

Sólo las obras de ficción pueden comunicar de forma adecuada ciertas verdades. La sorprendente variedad del mundo, su complejidad, su misterio, su imperfecta belleza sólo pueden descubrirse y comunicarse mediante el arte.

La ficción invita a los lectores o a los espectadores a proyectarse imaginariamente en el texto. La ficción nos traslada al mundo creado por ella y nos anima a identificarnos con personajes individuales. De esta manera la ficción nos ofrece una comprensión más plena de la realidad porque nos sitúa dentro de ella. La ficción enriquece nuestra experiencia pues nos muestra cómo es ser otra persona o estar en otra situación. La ficción nos permite el acceso a experiencias que no nos serían posibles en situaciones empíricas normales. La ficción nos muestra cómo sería vivir en otras épocas, tener otros valores, en definitiva, cómo sería ser diferente. Sin la ficción nuestra visión de la vida sería limitada y provinciana. En un mes de lecturas puedes probar más vidas que las que puedes vivir a lo largo de la tuya propia.

Varias generaciones han tenido su primer (¿y único?) contacto con Beethoven o con Stravinsky a través de la factoría Disney, y bastantes jóvenes (y no tan jóvenes) conocen a Homero, Shakespeare o Poe porque salen en *Los Simpson*. Eso es mejor que nada, pero es más interesante leer directamente a estos autores



y escuchar la música de estos compositores.

El cine también es una buena fuente de aprendizaje sobre uno mismo y sobre el mundo. Si os interesa el tema de la relación entre los supuestos idiotas y los teóricamente más listos, no os perdáis la película *La cena de los idiotas*, de Francis Veber. En cuanto a la capacidad de corrupción del Poder, la película *Bananas*, de Woody Allen, incluye uno de los mejores chistes. En una república centroamericana los guerrilleros logran hacerse con el poder. La primera disposición de su jefe es que todos los habitantes deben cambiarse a diario de ropa interior. Para comprobar que se cumple la orden y que todo el mundo lleva ropa interior limpia, a partir de ese momento la ropa interior se llevará por fuera.

–Se le ha subido el Poder a la cabeza, –comenta Woody Allen disfrazado de Che Guevara.

*Juan José Cabedo Torres*